
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

ATENEO DE CADIZ,

CIENTIFICO,

ARTISTICO Y LITERARIO.

Album

DEL 3 DE ABRIL DE 1859.

CADIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA.

1859.

RESEÑA

DE LA

SESION CELEBRADA EN LA NOCHE DEL 3 DE ABRIL

DEL AÑO DE 1859.

Formado el propósito de que las Academias alternáran en sus amenas é instructivas sesiones, habíase designado para funcionar en la noche del 3 á las de Literatura y Música, si bien con el sentimiento de que en esta no tomara parte nuestra estimada consocia la Srta. Doña Amalia Ramirez; mas la fortuna, que hoy lo es sin duda por mas que entonces no lo fuera, hizo que llegara á nuestros oidos la inesperada cuanto sensible nueva de que debíamos sufrir una pérdida irreparable con la próxima ausencia de dicha Señorita, y los que contenidos por el temor de causar escesiva molestia se habian abstenido de invitarla á tomar parte en la sesion proyectada, constituyéronse instantáneamente en comision, para formular una súplica cuyo objeto se comprende al saber que la Srta. Ramirez se ofreció no solo á cantar, sino á ejecutar de nuevo la lindísima comedia *Maruja*.

Actuaron pues las tres Academias. Del número é importancia de la concurrencia, inútil es hablar ya, por mas que no

creamos deber ocultar, por la alta idea que dá del valor que la Sociedad alcanza, que el palco de la presidencia se vió durante toda la sesion honrado por el Sr. Gobernador Civil de la provincia y diferentes personas distinguidas del Excmo. Ayuntamiento. Prueba esto que la Sociedad se arraiga; que recoge el fruto de su perseverancia: que no en vano desplegó su hermosa bandera, y que por tanto, con la seguridad de tan noble recompensa, bien pueden empeñarse los mas importantes trabajos, como se empeñarán á no dudarlo, hasta conseguir que el Reglamento se desenvuelva por completo, y huyan avergonzados los que en el Ateneo hayan creido ver un objeto de pasagero recreo, y no un Instituto, tal cual lo tenemos definido y en el que las ciencias, las artes y las letras, florezcan en honroso consorcio con los mas decorosos placeres.

Digamos pues que la Academia de Música presentó los siguientes trabajos:—

1.º Introduccion y cavatina de la ópera *Nabucodonosor*, por el Sr. D. José Catalan y coros.

2.º Coro de introduccion del tercer acto de la ópera *I Lombardi*.

3.º Cavatina de la ópera *El Barbero de Sevilla* por la Srta. Doña Amalia Ramirez.

4.º Duo de bajo y barítono del primer acto de la ópera *Attila* por los Sres. Catalan y D. Antonio Luzuriaga.

5.º Coro final de la ópera *I Lombardi*.

De la egecucion responden los nutridísimos aplausos que todos merecieron. La Srta. Ramirez, aunque parezca escusado decirlo, tuvo que repetir para recojer segunda y mayor cosecha de aplausos. Los Sres. Catalan y Luzuriaga vieron tambien prèmiados sus apreciabilísimos esfuerzos, y solo su estremada modestia les impidió salir de nuevo á la escena á recibir la ovacion que merecian, y para lo que fueron con insistencia llamados. Tambien á los coros alcanzó su justa

parte; reflejándose sin duda la gloria del dirigido, sobre la frente del Director, y dejando por tanto cumplidamente satisfecho al inteligente maestro D. Mateo de Torres.

De *La Maruja* ¿qué diremos? La Srta. Ramirez, que al cantar la cavatina, hizo mayores esfuerzos que en ocasiones anteriores, los redobló tambien en la egecucion de su precioso cuanto difícil papel, manteniendo constantemente vivo el entusiasmo. Los papeles de Elisa, el Conde y Colás no fueron egecutados por las personas que en la primera representacion los tuvieron á su cargo; se improvisaron veinte y cuatro horas antes; y fué en verdad fortuna, porque en especial los dos últimos sufrieron favorable modificacion. La Srta. Doña Lutgarda García prestó un nuevo servicio haciéndose cargo de pronto del papel de Elisa, y por mas que se trate de un papel secundario, no por eso merece menos gratitud. El Sr. Navarro trabajó con bastante inteligencia y sacó del buen Colás el partido que podía apetecerse. El Conde, creó en el acto mismo de la egecucion el verdadero carácter de su papel y dió por tanto notable realce á las situaciones todas.

Lo acontecido con la improvisacion de los tres papeles es una garantía de que empieza á obrarse en la Academia una reaccion saludable; de que la aficion y el interés acrecen, y de que, sobre todo, hay materia dispuesta, esto es, cabezas inteligentes y corazones decididos.

Despues de la cavatina del *Barbero* y antes de la *Maruja*, se presentó de nuevo la Academia de Literatura, cuyos trabajos ya hemos dicho constantemente que no calificaremos; nos basta coleccionarlos. La composicion de la Sra. Doña Margarita François de Izaguirre, fué leida con voz clara, entonacion digna y acento inspirado por el Sr. D. Joaquin de Lara y una salva de aplausos vino á coronarla con sobrada justicia y abriendo así la marcha al triunfo de las demás.

Bien quisiéramos decir algo apropósito de la composicion de la Sra. de Izaguirre, pero nuestro deber nos manda no hacer escepciones, y por tanto nos limitaremos á felicitarla

por su trabajo y enviarla la espresion de nuestra profunda gratitud, por el apoyo que con su ilustracion presta á nuestra sociedad predilecta.

Concluyamos pues, para dar lugar á la insercion de las composiciones, y anotemos ese dia mas, ese 3 de Abril, en el breve libro de nuestras ilusiones realizadas.

Miguel Ayllon y Altolaguirre.

AL ATENEO DE CADIZ.

No mas con triste acento
Mi descuidada lira
Sus ecos lance al viento,
Ni al númen que me inspira
Hoy turbe de mi pecho lastimado
El lúgubre lamento;
Que si plugo al destino,
Para mí siempre duro, despiadado,
Sembrar en mi camino,
En vez de tiernas flores,
Abrojos punzadores,
Apagar no le es dado
La pura llama de entusiasmo ardiente
Que el Eterno nacer hizo en mi mente.

¡Oh Cádiz! Patria mia!
¿Quién puede no admirarte
Y quién madre al llamarte
El corazon, henchido de alegria,
Latir no siente libre de agonía?
Reina del mar; ¡cuàn dulce y cariñosa
Al náufrago perdido
Abres tus brazos! Sin igual piadosa
Eres madre del huérfano afligido;
Del enfermo indigente
Tu caridad ferviente
Al par que la miseria y dolor calma
¡Cuán inefable paz vierte en el alma!

Si en épocas remotas
Avida de riqueza

De tus hijos la dicha, la nobleza,
Cifrabas en el oro,
Y á regiones ignotas
Lanzabas atrevida tus bajeles,
Mas durable tesoro
Hoy le brindas ufana en los laureles
Que en el templo del arte
La justa mano del saber reparte.

Ya entusiasmada veo
De tus jóvenes hijos la arrogancia
Con que brilla en sus frentes el deseo
De abatir el poder de la ignorancia,
De ese gérmen odioso
De males inauditos;
Torrente que arrebata impetuoso
A abismos infinitos;
Ese destello puro, refulgente
Célico don de un ser omnipotente.

El alma, ¿qué es el ama cuando yace
En abandono inerte?
Arido yermo donde solo nace
De estúpidas pasiones la semilla;
Donde bate sus olas
Revuelto mar, en cuya negra orilla
Se agitan sin cesar mónstruos horribles,
Ansiando destrozarla
Y en el profundo abismo sepultarla.

¡Oh cuan distinto porvenir le espera
Si el criminal letargo sacudiendo
Acoge placentera
La bienhechora llama
Que el entusiasmo del saber inflama!
A sus gratos fulgores
En breve las espinas
Verá trocarse en envidiadas flores,
Y en su centro del bien las cristalinas
Aguas irán brotando,
De la virtud el gérmen fecundando.

Por eso, Patria amada,

Tú, abriste presurosa
Del saber la morada,
Y á tus hijos con mano generosa
La senda señalaste
Y la sed de instruccion les inspiraste.

Pero mi débil voz nunca pudiera
Encomiar cual merecen
Esos nobles afanes; desfallecen
Mis ya cansadas fuerzas, que tan solo
Alentadas hoy miras
Por el amor, ¡oh Cádiz! que me inspiras.

Y vosotras, amadas compañeras,
Lindas flores nacidas
De esta culta Ciudad en el recinto;
Vuestras frentes erguidas
Mostrad al mundo ufanas,
No con las pompas vanas
Que os ofrecen el lujo y la hermosura.
En mas sublime orgullo
Cifrad vuestra ventura:
De la preocupacion romped los hierros
Con que mordaz la crítica sugeta
El genio del artista y del poeta.

Margarita François de Izaguirre.

AYES DE UN AMOR NACIDO

EN LA PUNTA DE LA VACA.

ROMANCE.

Un mozo de tres al cuarto,
solemnísimo babieca,
la siguiente carta escribe
á su cruda Dulcinea.
«Señorita, por quien peno
hace ya semana y media
con fatigas que no sé
si son blancas ó son negras,
para alivio de mis ánsias
os envio esta jaqueca
adobada de suspiros
y en una epístola envuelta.
Si es que os estorba lo negro
haced que el mozo os la lea,
aunque el mandado os apunte
en el libro de la cuenta.
Serviráme ella de récipe,
pues en males que así aquejan,
antes de tomar la quina
conviene echar humor fuera.
»Era un mártes, dia aciago,
cuando en su tarde serena

por ver el ferro-carril
salí á la Puerta de Tierra.
Allí al través de las pitas
os descubrí en una huerta
triscando sobre las coles,
retozando entre las berzas.
»No de las blancas espumas
del reino de las lampreas
surgió con mas atractivos
la divina Citeréa,
cual vos de la verde alfombra
de espinacas y de acelgas
surgísteis á ser de entonces
la Venus de las afueras.
»Párome estático al veros,
y mis ojos se pasean
de la trenza al miriñaque,
del miriñaque á la trenza;
y aunque apartarlos procuro,
vuelven, por mas que no quiera,
de la tienda á la garita,
de la garita á la tienda.
»¡Qué mucho, si á festejar
vuestra gracia y gentileza
parece que toma parte
cuanto os mira y os rodea!
»Las pintadas lagartijas
saliendo de entre la yerba
para mejor contemplaros
sobre las cañas se trepan;
sus cuernos los caracoles
van sacando á la vergüenza
y la baba se les cae
al ver á tan linda huéspeda;
cantan gozosas las ranas
en el fondo de la alberca,
y hasta el macho de la noria
aguza entrambas orejas.
»¡Oh amor! bien dijo el que dijo
que en los campos te recreas
porque el huracan del mundo

tus flores marchita y seca!
»Yo que arrostré impunemente
del Perejil las bellezas,
yo, que en la plaza de Mina
de diez Didos fuí el Eneas,
cuando menos lo pensaba
probé de amor la saeta
asestada entre lechugas,
zanahorias y habichuelas.
»El sol se puso, tocó
á recoger la corneta,
y emprendió la retirada
con vos la familia entera.
»Ibais delante, en seguida
la mamá, segun las señas,
morcon del siglo pasado,
mala facha y peor fecha.
»Perdonadme esos piropos
que mi cariño revelan,
pues es bien hable cual yerno
quien aspira á tanta suegra.
»Ibamos, cual dije, en sarta
vos delante, tras vos ella,
tras de mamá una perrita
y yo detrás de la perra.
»Por mas que mamá forzaba
de su vapor las paletas,
tan solo en un tris estuvo
que no cogiésemos puertas;
mas al fin por el cañon
entramos á duras penas,
y aunque en mí no reparábais,
en cambio vuestra Diamela,
que sin duda olió mi amor
y que en lo arisca os semeja,
gruñendo hácia mí volvia
su hocico airada y aviesa
enseñándome los dientes,
cual si advertirme quisiera
que animal por animal
primero que yo era ella.

»Llegamos á vuestra casa,
y desde aquella hora mesma
sin que seais general
os hago la centinela.
»Debajo de esos balcones
aprovecho via recta
la basura del barrido,
el polvo de las esteras,
el alpiste del canario
y el agua de las macetas.
Empero nunca consigo,
por mas que el pescuezo tuerza,
ver asomar vuestro rostro
por ventana ó por gatera.
»Hacedlo una vez, señora,
ya que dinero no os cuesta,
y mirad mi *coram vobís*
por si acaso el novio os peta.
»En exhibicion me pongo
cual mulo que sale á feria,
que es de amor comun milagro
trocar los hombres en bestias.
»Si de mis cargos y empleos
quereis saber cosa cierta,
os diré soy inspector
de calles y de alamedas;
y no se pone adoquin,
ni en obras se alza una piedra,
ni un tubo de gas se empalma,
que yo no escudriñe y vea.
Y aunque hasta ahora el municipio
estos servicios no premia,
en el ramo de empedrados
ha de emplearme cuando sepa
no hay pison que mas trabaje
que de mis botas las suelas.
»Tambien algun dia espero
tener mi poco de tierra...
cuando me la echen encima
despues de que yo me muera.
»Tal soy de levita adentro:

vedme de levita afuera,
y apechugad con mi bulto
si hambre de palique os ciega.
Partido no soy, ni quiero,
porque vivo en la creencia
que mas que un hombre partido
vale un hombre en una pieza.
Si me quereis, vuestro soy,
cerrad los ojos y á ella;
si nó, dos cuartos de fósforos
pondrán fin á mi existencia;
y haré que un amigo escriba
con carbon sobre mi huesa:
»—No á la Punta de la Vaca
os desliceis, oh almas tiernas,
porque amor en aquel sitio
tira cornadas por flechas.
Ni esparzais sobre mi tumba
la siemprevíva y la adelfa;
mas flores de calabaza,
que son las que á un desden sientan.—»

Francisco Flores Arenas.

EL HURACAN.

Post nubila fœbus.

Vedlo venir sobre la mar estensa
con recio galopar rizando espuma:
su crin flotante de pavura inmensa,
es fúnebre cendal del sol poniente,
noche formando de apretada bruma.

Sobre el cristal hirviente
los peces en confusa muchedumbre
huyendo saltan, y sumergen luego,
y tornan á salir, y desparecen;
cual si hiciera en el mar la pesadumbre
de sus aguas morir, ó si por fuego
de volcanes profundos se estremecen.

El buque solo está; y el pez y el ave
en abandono lúgubre le dejan;
y apagados los astros, no reflejan,
cual en noche de paz, su luz suave.
Solo en el centro, cóncavo de espanto,
ni un aliento de vida le circunda,
ni una voz le responde en su quebranto,
ni una esperanza en su recinto brilla;
duda, miedo y horror, ansia profunda
es el negro horizonte
y el piélago al surcar de monte en monte;
simil del ser que en la fatal capilla

por implacable suerte
espera á dar en brazos de la muerte.

El buque, el huracan se miran solos;
el huracan con su tremente pompa
desquicia al mundo de sus fuertes polos,
y perturba y revuelve al rudo atlante
á los roncos rujidos de su trompa:
el buque en movimiento zozobrante
resiste apenas la fiereza suma
de su contrario, luchador gigante,
y ya al abismo sepulcral se humilla,
ya se levanta derramando espuma
hasta altivo mostrar su limpia quilla.

Intrépido el marino
con su bajel contra la saña lucha
del soberbio aquilon, lucha de muerte;
y envuelta por el raudo torbellino
como voz de dolor, su voz se escucha:
¡esfuerzo inútil, batallar, si fuerte,
perdido entre la niebla del destino!
A la luz del relámpago rebusca
el cabo que en lo oscuro se le esconde;
abrevia lona á la embestida brusca
del que silbando á su clamor responde;
rápido trepa por la jarcia al cielo,
ave del mar, con atrevido espanto,
para escalarlo, si mansion le ofrece,
y la puerta cerrada del consuelo
para su mal parece
aumentando su mísero quebranto.
Y cansado de estéril maniobra,
junto al timon, por única esperanza,
en brazos del acaso se encomienda;
y corre de un azar en que sozobra
en otro á dar que súbito lo lanza
sobre los hombros; ah! de ola tremenda!

Al estampido ronco con que el trueno
rompe del éter el recinto y ruje,
la inhiesta entena por su base cruje,

y estalla y cede hasta buscar el seno
de las aguas hirvientes,
que con olas corrientes
por la cubierta, rápidas destruyen
la brújula y timon, y luego huyen.
Vencido está el bajel, breve momento
le queda de flotar; la luz del santo
que aterra al marinero está en la prora;
un embate ¿es el último? violento
se ve llegar; mas el marino en tanto
no opone ya su inteligencia, llora;
pero no de temor, de fé contrito;
llora en súplica ardiente,
mandando su oracion á quien domina
por cima de huracanes y de rayos,
à quien es de piedad Dios infinito,
á quien es sobre el mundo, omnipotente,
á quien centro de amor, su luz divina
en apacibles dúlcidos desmayos
esparce bondadoso por el orbe,
y sin cesar clemente
sublime y grande en su piedad lo absorbe.

El fiero embate silencioso pasa;
el que detrás amenazaba, cede
y del bajel la prora no traspasa;
al huracan terrible
un viento halagador grato sucede;
y de la mar bravía
el enturbiado espejo, en apacible
cristal se vuelve con el nuevo dia.
Tornan los peces y las aves tornan
acariciando la asolada nave;
ellos con jiros en las hondas blandas,
que las escamas de su azul adornan;
ellas cruzando con cantar suave
en derredor y en matizadas bandas.

Y entre festejos el bajel se mece
y en él se torna á tremolar el lino
en que soplando la risueña brisa
del punto del peligro desparece;

y cantando el marino
la playa de su afan ledo divisa;
playa bendita á que anheloso llega
y en llanto puro y de placer la riega.

Así de las pasiones
el huracan soplando en nuestro pecho,
lo abrasa y lo devora,
con el fuego vivaz de sus traiciones.
El hombre lucha á solas largo trecho;
solo en la lid se basta aterradora,
en su saber y fortaleza fia,
y sucumbe postrada su osadia
al peso enorme del contrario duro;
mas si invoca de Dios el nombre santo
y de la religion llama á la puerta,
con fé sincera, con intento puro,
y de humildad con el copioso llanto,
la verá por su bien de pronto abierta;
siendo de vida venturosa fuente,
consuelo de afliccion, dulce alianza,
en nuestra oscuridad, luz esplendente
que nos lleva al confin de la esperanza,
aura de amor que regaladamente
perfumes mil sobre nosotros lanza
para templar nuestra ardorosa frente;
que en medio del dolor, nunca el cristiano
el nombre de su Dios, invoca en vano.

Francisco Sanchez del Arco.

ODA.

DEDICADA Á LOS INDIVIDUOS DEL ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO DE CADIZ.

Gloire! voilá mes delices,
mes amours, tous mes pensées.

Eugenio Vainellor.

No la sangrienta guerra
Que con estruendo fiero
La muerte esparce por la estensa tierra
Al golpe vengador del rudo acero,
Que viste con crespones sus laureles,
Que lleva á la cabaña
Horror y luto y desventura y llanto;
Otra es mi inspiracion, otro mi canto.

Un alcázar se ostenta á vuestros ojos
En medio un campo de lozanas flores,
Que llama á su palenque
A esforzados y nobles lidiadores;
Alcázar, lleno de ventura y galas,
Altanero castillo
Dó el genio del saber bate sus alas.

Ciñe su muro la silvestre yedra:
Viste su almena de fragantes rosas
Y el aire puebla de su puro cielo
En revoltoso vuelo
Un pintado tropel de mariposas.

Allí no existe de la torpe envidia
El torcedor imbécil:
Comienza la pelea,
Empéñase la lucha,
Brota atrevida la fecunda idea....
El mundo es juez del campo, y la victoria
Es para el sabio que en el noble alcázar
Ocupa el puesto que le dió su gloria.

Allí suspira el eco melodioso
Del popular Homero,
El canto de Virgilio,
El acento grandioso
De Horacio y Tito y de Caton severo,
Y de energía y de elocuencia llenas
Se escuchan las palabras
Que airado dice el orador de Atenas.

Cada siglo allí envia sus blasones
De gloria y de saber: genios augustos,
Venerandos varones
Petrarca y Tasso, Calderon, Quevedo,
Recojen sus coronas;
Y orlada de fulgores deslumbrantes
Se levanta altanera
La sombra colosal del gran Cervantes.

Si al imprimir la esencia soberana
Una chispa ferviente
Que dominase á la materia humana,
Una luz que brillara eternamente
No legase à la historia
El recuerdo eternal de nuestro nombre,
La vida pasaria entre tinieblas,
Que el sol de nuestra vida es nuestra gloria.

¡Sus y á lidiar, altivos campeones
Del genio y del saber! no haya sosiego:
La fé en los corazones
Llevadla impresa, combatid valientes
Y el lauro del talento
Refrescará al final de la partida
El fuego abrasador de vuestras frentes.

Manuel Rando y Barzo. (1)

(1) Socio corresponsal de la Academia en Málaga.

LA LIBERTAD.

Libre se mira el ave en los espacios,
libre el bruto en los témpanos del polo,
libre el pez en sus líquidos palacios,
el insecto en la flor, ¿y al hombre solo
no le es dado decir;—¡*Libre naciera*
y puedo *libre* ser hasta que muera?

Libertad querida,
tu nítido albor,
en iris luciente
dimana de Dios!
Por tí es la ecsistencia
dulcísimo don!
¡aquel que te pierde
su dicha perdió!
Entónce es la vida
parásita flor!
es muerta esperanza
de pura ilusion!
Es ave que espira
á impulso traidor!
es valle desierto!
es... mundo sin sol!—
Ved un triste calabozo
de muros gruesos y altos,
cuya bóveda se oculta
de negra sombra en un caos.
Allí comanda la muerte,

siendo los minutos años,
dó se agosta la esperanza,
cual lirio que seca el austro!
Solo *allí* el rumor se escucha
de la humedad, que horadando
el espesor de la piedra
mana en son acompasado!
Allí, soledad, esparce
de su imperio el mudo pasmo!
Solo informes sabandijas
bullen en fétido fango!
Allí la atmósfera mata!
que el ambiente condensado
de miasmas corrompidas,
envenena aquel espacio!
Del sol *allí* no penetra
jamás el vívido rayo,
que eterna noche allí estiende
de la sombra el negro manto!
Allí en el dolor no hay tregua!
allí el lamentar es vano!
allí mora el infortunio,
pues es la estancia del llanto!

Un farol ennegrecido,
que contara luengos años,
con llama trémula y triste
despide fulgor opaco.
Ceñido de duros hierros,
y en heno pútrido echado,
ved un mortal; presa noble
de *políticos amaños*!
Sus febles dedos sostienen
la torva faz, lamentando
de su estrella, la injusticia,
de humanos goces, lo falso!
Unas veces gime y llora!
y otras con vértigo airado
quiere romper las cadenas
que atan sus débiles manos!

Y al hallar es imposible,
de ciegas iras armado,
blasfemas imprecaciones
brotan los trémulos labios!
Mas siempre sus fieros calma
del llorar el dulce bálsamo!
¡Benéfico lenitivo
cuando el seno sufre tanto!
Entonces el infelice,
transido en dolor, con vago
y sordo acento, murmura
tristes palabras!—Oigamos.

«Con cuanta lentitud huyen las horas
si aciaga pena al corazon agita!
si en insomnio letal la mente lucha!
si un recuerdo feliz nos mortifica!
La ecsistencia es entonces don maldito!
pàramo triste donde el sol no brilla!
donde la pura flor de la esperanza
apenas nace se la vé marchita!
¡Cuán felice en mi patria fuera un tiempo!
De un querub las angélicas caricias
cual nectar de los Dioses embriagaban
el corazon amante en puras dichas,
que no enlutara con funéreo manto
agudo torcedor! Do quier la vida
era á mis ojos un pensil celeste,
alfombrado de amores y delicias;
dó alternaban en nítido concento
alegres danzas, bulliciosas risas!
Y mi encanto tornárase en delirio,
si el corazon de la mujer querida
sintiera palpitar cabe mis sienes
cual arrullo amoroso de la brisa!
Que el contacto no mas de sus cabellos,
acreciera el ardor de mis mejillas
en eléctrico impulso, que agitara
del pecho juvenil todas las fibras!
Y aspirar de su seno el casto aroma,

y libar en sus lábios la sonrisa,
y abrasarme cual leda mariposa
en la llama voraz de sus pupilas;
y admirar de su garganta ebúrnea
el rosicler de trasparencia nívea,
eran ¡oh cielos! la ventura inmensa
qne ansiara un corazon ageno á cuitas!
Dulce ensueño de plácidos instantes,
de encantada ilusion puras delicias,
cuán presto os agostara cierzo impuro
truncando los albores de la vida!
Qué fiera la maldad rasgó su velo
solemnizando mi instantánea ruina!
y de júbilo trépida lanzóme
en el golfo letal de las desdichas!—
Almo sueño una noche me embargara,
cuando ahuyentó su influjo turba inicua
de satélites viles, que en feroce
é imponderable encono, de la vista
y de los brazos á la esposa arrancan!
y aherrojado despues, fieros, me intiman
marche con ellos por *razon de estado!*
Traspuse el mar, y entre ignotos climas
diéranme por mansion aquesta tumba,
porque muriendo en esperanzas, viva!
Razon de estado fué, y ha cinco años
la amada libertad miro perdida!
olvidado de todos, muerto al mundo!
sin honor, sin amigos, sin familia,
sin un punto de alivio ó de esperanza!
todo lo robas, sociedad inicua!
todo lo agosta tu beleño impuro!
porque piedad en tí jamás anida!
porque alimentas, corazon de tigre!
porque tu raza espuria está maldita!
Oh! te aborrece con vehemencia tanta
el volcan escondido de mis iras,
que en átomos sutiles deshiciera
lo inmundo de tu ser, raza maldita!»

Triste! su razon embarga

lo intenso de su quebranto!
De él los ojos apartemos,
su desgracia lamentando.
Horas son de fiera angustia
las que cercan al cuitado!
horas, que parecen aumentan
de su duracion el radio!
Horas, que sufre tan solo
el que se viera privado
de libertad, que es el mundo
para él siniestro páramo!
Libertad! tu prez es tanta
cuanto al perderte lloramos,
que es sin tu amor en la tierra
triste huésped el humano!

Libertad querida,
tu nítido albor,
en iris luciente,
dimana de Dios!
Por tí es la ecsistencia
dulcísimo don!
aquel que te pierde
su dicha perdió!
Entonce es la vida
parásita flor!
es muerta esperanza
de pura ilusion!
Es ave que espira
á impulso traidor!
es valle desierto!
es... mundo sin sol!

José Moreno de Fuentes.

LA VENGANZA DE UNA MADRE.

ROMANCE HISTORICO.

Alegre despunta el dia,
alegre está Salamanca:
lidiarán sus caballeros
en una justa de cañas.
De finjidas flores unos
vestidas llevan sus lanzas
con cendales en los hieros,
que mas que hierro son plata.
Otras junto al mismo ostentan
rizo de plumas doradas:
de la empuñadura al cuento
plumas, cual de flechas, bajan.
Adornan las colgaduras
los tablados y ventanas:
resuenan ya los clarines
por las calles y las plazas.
Cuatro airosos caballeros
en sus trotones cabalgan:
en la estacion mas florida
de los años respiraban.
Dos hermanos son los unos
del linaje de Sanabria:
los otros de los Manzanos
orgullo son y esperanza.
A un primoroso ajimez
por verlos sale una dama,

con su madeja de oro
al manso viento fiada.
Al desprecio la belleza
y en el descuido la gala,
vestida de blanco traje,
es tórtola enamorada,
Que del corazon el fuego
cubre con sus plumas blancas,
volcan que con nieve oculta
el incendio en que se abrasa.
Es Estrella la hermosura
y estrella esta vez infausta,
estrella deslumbradora;
mas con luz ensangrentada.
De sus manos se desprende
un joyel con que jugaba:
los caballeros, pié á tierra,
van del joyel en demanda.
Uno lo cubre veloz
con mas que atrevida planta;
porque vuelan siempre unidos
el pensamiento y la audacia.
La señal de posesion
á sus contrarios no basta:
á averiguar de quien es
se desnudan las espadas.
Combatiendo unos y otros
ensangrentaron la plaza:
gritan y corren las gentes,
amigos y deudos claman.
Tendidos quedan en tierra
los Enriquez de Sanabria:
la sangre de sus heridas
sus ropas trueca en mortajas.
Los Rodriguez del Manzano
se refugian en sus casas:
heridos huyen, temiendo
del pueblo las amenazas.
En tanto doña Maria,
la madre desventurada
de los donceles difuntos,

su gran desdicha ignoraba.
La muerte de un tierno esposo,
ha un año, su vida amarga,
y un niño de siete meses
solo su dolor aplaca.
A sus hijos vencedores
espera en dichosa calma,
y al aplauso en sus laureles
saltando de rama en rama.
Mientras sus hijos morian,
ella en su lecho acostada,
en celestiales dulzuras
de amor maternal se inflama.
Siente junto á sí el infante,
que busca el pecho con ansia:
fíngese ella la dormida,
porque él llegue á despertarla.
El, que la juzga durmiendo,
con sus manitas la llama,
y le tira de las tocas,
y golpes le dá en la cara.
Ella, aunque està conmovida,
á su anhelo no se ablanda;
porque de un placer vehemente
el corazon se le salta.
Se impacienta, al fin, el niño:
grita, gime y ella calla;
y eso que mas que él desea
darle ya lo que reclama.
Hasta que el hijo, mirando
que no puede desvelarla,
rompe en llanto por consuelo,
que otro consuelo no halla.
Enternécese la madre,
y lo estrecha enamorada,
cual si encerrarlo quisiera
otra vez en sus entrañas.
En esto, suenan murmullos
en la calle de su casa,
mas que murmullos, lamentos
que le anuncian su desgracia.

Deja el lecho y mal vestida
á las puertas se adelanta:
á proferir iba un grito;
pero cayò desmayada.
Los cadáveres sangrientos
viò conducidos en andas:
torna en sí; pregunta el nombre
del matador y la causa.
Los oye; y al ver con sangre
de sus hijos las espadas,
dice: «reñisteis cual buenos:
poco os vengasteis: no basta.»
Abrese paso: diríjese
á la alcoba donde estaba,
y con el niño en los brazos
asómase á la ventana.
«Pueblo, mira este inocente»
dice con voz esforzada:
«vengar no puede á los suyos;
«toma tú por él venganza.»
Deudos de los matadores
precavidos ya se armaban:
enhebillan los arneses:
otros los yelmos enlazan.
Estos embrazando escudos,
aquellos blandiendo espadas:
los caballos, amaestrados
al ruido de las armas,
Quieren entrar en combate,
se ajitan allá en sus cuadras,
y á los dueños con relinchos
apresuran á que salgan.
Los matadores en tanto
en una iglesia se amparan:
sus parientes mal resisten
del pueblo el empuje y saña.
Huyen sin mas defenderlos,
quema el pueblo sus moradas:
en esto cierra la noche
y salen de Salamanca.
El pueblo y doña María

la luz esperan con ansia:
la noche se desvanece,
con la noche su esperanza.
No encuentran los matadores,
en el campo no se hallan:
refugio sin duda tienen
en las vecinas montañas.
«Huisteis» dice con ira
aquella altanera dama:
«no importa, vivid penando
«mientras llega mi venganza.»
«Al arenal mas estéril
«de Libia se pasó el alma:
«no hay piedad ni sentimiento;
«que el furor todo lo abrasa»
Cabellos cortó à sus hijos
antes que los sepultaran,
y en una bolsa de seda,
prendida al pecho, los guarda;
Para que cada latido
del corazon los tocára,
y por la noche y el dia
siempre viese si allí estaban.
Mientras con fúnebre pompa
los cadáveres trasladan,
y á la ciudad ensordecen
los dobles de las campanas;
Y el aire encienden y anublan
la luz y el humo de hachas,
y llenan las calles todas
enlutados y enlutadas;
La madre, mirando al niño
con risa feroz, lo abraza:
la hora de sus deseos
imagina que no tarda.
Susurran en sus oidos
pensamientos de venganza:
de venganza pensamientos
le están gritando en el alma.
Así lamenta á sus hijos,
hijos en cuya desgracia

se unió á formar un elogio
y un suspiro toda España.
Supo, al fin, que sus contrarios
en Portugal se encontraban,
seguros en una aldea
de poco nombre y lejana.
Junta á sus deudos y amigos
y en secreto los prepara:
la aspereza del invierno
no la turba, no la espanta.
Las calles hechas arroyos,
lagunas hechas las plazas;
de los cerros y collados
torrentes que al valle bajan;
Mal señalados caminos,
angosturas bien cerradas;
corrientes de raudos rios
que el hielo en peñascos cambia;
Montes, á cuya eminencia
límite el cielo señala,
y aumentar con nieves quieren
sus ocultas cumbres pardas;
¿Qué importan á quien desea
que resplandezca por lámpara
del sepulcro de sus hijos
el terror de una venganza?
Con una pequeña hueste
llegó al lugar dó moraban
sus contrarios, divertidos
en juveniles hazañas.
Es de noche y noche horible;
su oscuridad era tanta,
que muchas noches en una
pareció que se juntaban.
Los donceles á las rejas
están de dos aldeanas:
con sus amores les brindan,
y con suspiros las llaman.
Suena estruendo repentino
de caballos y de armas:
salen afuera del pueblo

para ver lo que pasaba.
Los arbustos les parece
que en caballeros se cambian,
y ven en doña Maria
el númen de la venganza.
Brillan mas de cien antorchas:
la madre allí los señala:
de mujer forma ninguna
en su semblante quedara.
A los jòvenes rodea
la hueste con furia brava,
cual perdices por los perros
entre tomillos cercadas,
Que con ladridos y saltos
ya las cortan, ya las pasman:
los galgos meten su hocico
entre las espesas matas:
Otros con sus manos quieren
ó cogerlas ó arañarlas:
atrás están desviados
los cazadores con cañas;
Y encima de las perdices
halcones sobre las mallas,
los ojos para la tierra
y para el cielo las alas.
Cercan así á los mancebos
quitarles ansiando el alma,
y en su lugar esconderles
en los pechos las espadas.
Mal se resisten: espiran
heridos por partes varias:
sus cabezas al instante
del cuello son separadas.
El palacio, á dó los llevan,
en diez minutos se labra;
tierra es el lecho mullido
y huesos las almohadas.
La vengativa señora
se dirije á Salamanca:
entra en sus calles, seguida
de la plebe entusiasmada.

Los amigos y parientes
la celebran y acompañan:
cubre el caballo que lleva
vistosísima gualdrapa.
A sus dos lados caminan
dos escuderos con lanzas,
y en los hierros las cabezas
que horrendamente silbaban,
Escarnio tal vez haciendo
de la turba alborotada;
mas sones que lisonjean
el orgullo de la dama.
Lleva en sus brazos al niño
que loco y risueño salta,
al mirar tanta alegría
como lo cerca y aclama:
Cual si en su edad inocente
comprender pudiera el alma
la dulzura, adonde llega
el placer de la venganza.
Al templo doña Maria,
dó sus hijos reposaban,
á ofrecer vá altivamente
las víctimas en sus aras.
El prelado con el clero
al pórtico se adelanta:
detiene á doña María,
su diestra severo alza.
La voz de «silencio» corre;
y en un instante se apagan
el ruido de los caballos
y el murmullo de la plaza.
«¿Adónde?» dice el prelado:
«¿adónde vás, desdichada?
»Con un sacrilegio quieres
»coronar tu vil hazaña?
»Retrocede, pecadora;
»la voz de Dios te lo manda,
»á tí que valor no tienes
»para sufrir la desgracia.
«Tus desdichas son las flores,

»las flores que Dios sembrara
»en el camino del cielo,
»toca á tu virtud regarlas.
«Por un paraiso à otro
»hacer puedes la jornada;
»y por un infierno corres
del otro infierno en demanda.
«Atras te dice mi labio;
»que te entras con tu venganza,
»sin advertirlo, de Dios
»por los filos de la espada
»De la sangre de los tuyos
»los ojos por siempre aparta,
»y en las heridas de Cristo
»vuele á esconderse tu alma»
Míralo doña Maria.
confusa y avergonzada:
mientras habla, le parece
que aquel buen anciano estaba
Leyendo desde su sitio
las asombrosas palabras,
que en su pecho el desengaño
al mismo tiempo grababa.
Perlas de sus ojos caen,
y del viento arrebatadas
van en busca de su Dios
á demandarle su gracia.
No llora, no, por sus hijos,
llora por los que matára:
á los pies del sacerdote
perdon pide arrodillada.
Mas ¡ay! que primicias son
de un campo estéril sus lágrimas;
pues apagar ya no pueden
de las familias la saña.
En dos bandos se divide
la ciudad de Salamanca:
en vano doña Maria
suplica, aconseja y manda.
Siente su cabeza envuelta
del civil fuego en la llama:

tierra pantanosa pisa
por la sangre mancillada.
Una noche del estio
à su huertecillo baja:
el niño duerme en sus brazos
al tierno arrullo del aura.
Allí frutales pomposos
doblegan sus ricas ramas:
se inclinan para ofrecerles
sus frutas mas sonrosadas:
Sonrosadas de vergüenza
de que no quieran tomarlas,
hasta que al suelo se arrojan
de tanto esperar cansadas.
Los acecha un enemigo
armado desde una tapía:
apunta una flecha y mide
del terreno la distancia.
Les tira y la flecha al punto
al hijo y madre traspasa:
espira el hijo y la madre
con él espira abrazada.
Con su dulce son la fuente
melancólica los llama;
y las aves son testigos
escondidas y calladas.
La triste luna en secreto
se lo dice á la mañana,
y la mañana entre nubes
lo repite á Salamanca.
Los que ciegos os armais
con espinas de venganzas,
no busqueis en ellas rosas;
que no hay rosas en las zarzas.

Adolfo de Castro.

MORTIFICACIONES.

«Nace el hombre para ser
mortificado al amar:
viene al mundo la muger
al hombre á mortificar.»

El texto por lo incivil
puede causar combustion....
¿Lo dejo?... Miedo pueril!
entremos en la cuestion.

Amante, á quien fiero aqueja
amor con sus acedías,
se forma al pie de una reja
á prueba de pulmonías.

Trocado en guarda de gas,
esplotan su pecho tierno;
pero esto no dura mas
que los seis meses de invierno.

En ellos vé demostrado
que marcha su empresa en coche;
pues sale lo regañado
solo á seis veces por noche.

¡Qué feliz lo hizo este plazo!
Cupido salió á su encuentro,
y con un papirotazo
lo echó casapuerta adentro.

¡Oh dulce papirotada!
Por ella ya se concília
que pueda ver à su amada
delante de la familia.

He aquí del dichoso amante
la vida y papel lucido
en el periodo brillante
de novio reconocido.

Por derecho de tanteo,
que le cuadre ó no le cuadre,
siempre ha de ser en paseo
acémila de la madre.

Y los chanclos, la sombrilla,
los gemelos, el bolson,
la nube.... y hasta la silla,
si vá devota al sermon;

Todo lo soporta humilde
sin dar de morriña indicios;
que no han de tener ni un tilde
sus relevantes servicios.

Tratándose de festines,
para la familia entera
ha de buscar boletines,
en tabla de delantera.

Pordioseando balcones,
le pondrán cara de perro,
para ver las procesiones,
del *Corpus* y el *Santo Entierro.*

Es de su cargo inquirir
si tienen las calles barro,
y si es posible salir
sin esponerse á un catarro.

Adivinar, por aprecios,
si habrá jarana en los toros,

y si bajarán de precios
los dátiles de los moros.

Encontrarse muy al dia
de gacetillas locales,
y saber mas que el vigía
de calmas y temporales.

Por la calle, en fin, lucidos
servicios presta sin tasa;
pero son mas distinguidos
los que hace dentro de casa.

Llena el padron ó planilla
que el cabo del barrio dá,
quitándole en su casilla
diez años á la mamá.

Sostiene el hilo en madejas,
mientras lo van devanando,
y así entre niñas y viejas
pasa las horas.... hilando.

Hace la partida al *burro*
con tan general contento,
que por él siempre hay susurro,
y siempre es él el jumento.

Suele quedar largo rato
solo y sin luz, con cariños
teniendo en su falda al gato
mientras meriendan los niños.

Mas si es esto, y lo que dejo,
sufrir mortificacion,
¿la novia con su gracejo
no dá la compensacion?

¡Vaya si la dá! Su genio
se hace irascible, se exalta:
para cómitre de *ingenio*
solo el rebenque le falta.

Y por si mas tarde vino,
por si salió con presteza,
por si llevó otro camino,
por si volvió la cabeza,

Por si miró mucho al aya,
por si comió con su prima,
por si en lo serio desmaya,
ó por si en bromas se anima;

De desden haciendo acopio,
al pobre lo tiene en vilo,
halagando su amor propio
con frases por este estilo:

«No vuelva á mirarme *usted*:
(porque el *usted* es de tabla)
he de poner pie en pared
á ver si *usted* mas me habla.

Desista *usted* del capricho
porque desprecio su pugna:
mil veces tengo á *usted* dicho
que me choca, me repugna.»

Y etcétera: lo que sabe
cualquiera muger rabiosa,
y en todo el papel no cabe
que se fabrica en Tolosa.

Y ardiéndole al pobre el casco,
vé de su amor en el potro,
que apenas pasa un chubasco
cuando tiene encima otro.

Y en aguantarlos se aferra...
¡es mucha temeridad!
¿Por qué no huye cielo y tierra?...
¡Esa es la dificultad!!!

¡Huir!... ¡Si como candiles
sus ojos con tanta riña,

entre mugeres á miles
descubren solo.... *á la niña!*

A la niña, que lo abruma;
que todo en él lo halla malo;
que el abanico de pluma
desecha por el de palo.

La pícara encarnadura
del hombre, mas se suaviza,
mientras la mano es mas dura
que la ultraja y martiriza.

Y hace así al mas furibundo
padron de debilidad:
el mundo, desde que es mundo,
responde de esta verdad.

¿Habrá figuras mas feas
que las que hicieron *Sanson,*
César, Aquiles, Eneas,
Apio Claudio, Salomon,

Eugenio el de la Saboya,
el hermoso *Mustafá,*
Cerealis (¡qué tramoya!)
Justiniano (¡agua vá!)

Y *Hércules,* y *Marco Antonio,*
y el polaco *Poniatowski*...?
. . . .
y aquí me atascó el domonio
con el consonante *owski*...

Pero lo eché de mi vista
con una señal cristiana,
y sigo poniendo en lista
al *Conde Villamediana.*

Y añadiéndole un rimbombo
á dicha lista, en el *Cid,*
la cierro á golpe de bombo
con el santo *Rey David.*

Porque con estos ya basta
para conocer en gordo
lo principal de la casta
de *babiecas* de alto bordo.

Y pues no meter resuelvo
mas nombres en procesion,
siguiendo mi tema, vuelvo
à abrir la interrogacion.

¿Habrá figuras (decia)
mas feas que las que hicieron
sugetos de tal valía
cuando á mugeres sirvieron?

Sirvieron á las que amaron,
de amor llenando deberes:
ellas los mortificaron...
¡cumplieron como mugeres!

Cada cual siguió las huellas
de su suerte blanda ó dura:
hicieron figuras ellas,
y ellos.... *la triste figura.*

Y haciendo algunos los osos,
fué su actitud tan grotesca,
que se dejaron babosos
hasta el pellejo en la gresca.

Porque siempre fué lo mismo:
el hombre amante un borrego:
la muger el sinapismo
que dá viveza á un gallego....

. . . .

Si fueran reglamentarias
aquí, por fortuna mia,
costumbres parlamentarias
de juntas de cofradía;

Mil voces se levantáran
(de señoras, por supuesto)

y mi discurso cortáran
así, con airado gesto......

¡Alto allá, por que dá ira!
¡El hombre borrego!... ¡á ver!
¡Mentira y retementira!
La borrega es la muger.

Ellos son los camastrones,
sin mas amor que à sí mismos
que dan mortificaciones
y sirven de sinapismos.

Todos son por sus manejos
sinapismos... *de la hispana...*
¡Hasta los pícaros viejos!...
dígalo sinó, *Susana.*

¡Todos, todos! Con su labia
hacen esclava á la necia:
¡solo faltó para sabia
no ser suicida á *Lucrecia*!

¡Malvados! sin regateo,
para su eterna ignominia,
debiera hacerse un museo
de símilis de *Virginia.*

¿Qué vale tanta figura
como á relucir se saca,
con *Ruth* la de la Escritura
y *Heduvigis* la polaca?

Y esa inocente *Luisa*
de *la Vallier*, que se esponja
en su fortuna, y de prisa
tiene que meterse á monja;

¿Tomar en cuenta no incumbe
al que de noble algo guarda?
Y el suplicio en que sucumbe
la reina *Maria Stuarda?*

¿Y *Juana*, la que el arnés
vistió en Nápoles marcial?

. . . .

¡Señoras, esa ya es
harina de otro costal!

Perdònenme si evidencio
que así la verdad se trunca;
y tengan por Dios silencio,
ó no acabarémos nunca.

Fué *Juana* mortificada,
porque fué una reina loca:
así su historia cerrada
dejemos y... ¡punto en boca!

De las demás, me resigno
á respetar su calibre;
pero tambien me persigno
entonando el ¡Dios me libre!

Pues entre achucho y achucho,
preferirá solo un loco,
achucho que achucha mucho
á achucho que achuche poco.

Y es tan caro el achuchar
de las mugeres sensibles,
cual caros... ¡sin ponderar!
hoy cuestan los comestibles.

Pero en fin, volviendo al punto:
tales mortificaciones
en nada alteran mi asunto:
son de la regla escepciones.

Y no hace falta evoquemos
á *Ruth* y á su compañía,
por que escepciones tenemos
análogas cada dia.

¿No hay niña tan inocente
(disimuladme la risa!)

que cuando el novio está ausente
vá solo, y velada, á misa?

¿Y la que al suyo lloró
porque con otra se fué,
y á navaja se rapó...
y hasta quemó el tengañé?

¿Y la que de ver se abstiene
funciones, por que permiso
de padre y de madre tiene,
mas nó... de su compromiso?

¿Y la que á un *pollo* sumisa,
entre aflicciones no pocas,
se peina siempre muy lisa
si el *pollo* no está por *cocas*?

¿Y la que tiene en América
ó en las orillas del Bósforo
infiel amante, y colérica
toma el vinagre con fósforo?

¡Basta, basta!... ¡Pobrecitas!
¡Estar à sufrir tan prontas!
¡Qué muchachas tan benditas
y... (¿se la suelto?) tan tontas!

Pero, repito, las tales
son de la regla escepciones,
como lo son los leales
en las civiles cuestiones.

Y tanta mujer sufrida
prueba con ejemplo fuerte,
solo una cosa sabida;
que hay hombres con mucha suerte.

Mas los del órden comun
dan tonos á la muger,
como al borracho el atun
dá pasto para beber.

¿Le llamaremos ludibrio,
ó tendrá mas malos nombres
esta falta de equilibrio
entre mugeres y hombres?

¡Al que conteste lo encuben
si sus palabras ultrajan!
Baste ver que si ellas suben
de entonacion, ellos bajan.

Ya marcho derecho el fin
de declarar mi opinion.
¡Señoras!... su *retintin*
merece vuestra atencion.

Malo ó bueno, con su ser
conviene al mundo dejar,
y que insista la muger
al hombre en mortificar.

No es el estremo mejor,
pero sí es el menos malo,
que en las cuestiones de amor
tenga la muger el palo.

¿Para qué? Para que el hombre
ni de intencion se deslice,
y la infidencia le asombre,
y su acritud se suavice.

¿Y aquel que no se acogota
ni es dócil por tales trazas?
Encajadle encima á Rota
con todas sus calabazas.

Y vaya condecorado
con esa cruz distintiva
de que fué mortificado
por activa y por pasiva.

¡Cuántos así de carrera,
sin que la cruz les estorbe,

salen, y en mística esfera
son el asombro del orbe!

¿Y no aceptareis un medio
de tan sublimes encantos
que á todo pone remedio
y suele hacer hasta santos?

Concluyo, pues: si en amor
quereis triunfos lisongeros
(de la virtud y el honor,
se entiende, salvos los fueros.)

Tened para el que cerdea
el palo muy levantado,
y haced porque siempre sea
el hombre el mortificado.

Joaquin de Lara.

A LOS SRES. SUSCRITORES AL PERIODICO ATENEO DE CADIZ.

Tenemos manifestado nuestro propósito de que los Sres. suscritores reciban de una vez la reseña de las sesiones en que tome parte la Academia de literatura, y al efecto, formaràn de cada una un Album, pero como es fácil advertir, los gastos que esto produce son exhorbitantes. Las composiciones todas habrían de insertarse en el periódico, y ocuparian dos ó tres números, tardando los Sres. suscritores en tener la coleccion otras tantas semanas; mejor les es por consiguiente que adelantemos los tales números y demos forma de libro á los mismos. Esto hemos hecho; y por tanto resulta que debemos suprimir, porque van en este Album comprendidos, los números correspondientes á los dias 14 y 21 del corriente.

MIGUEL AYLLON Y ALTOLAGUIRRE.